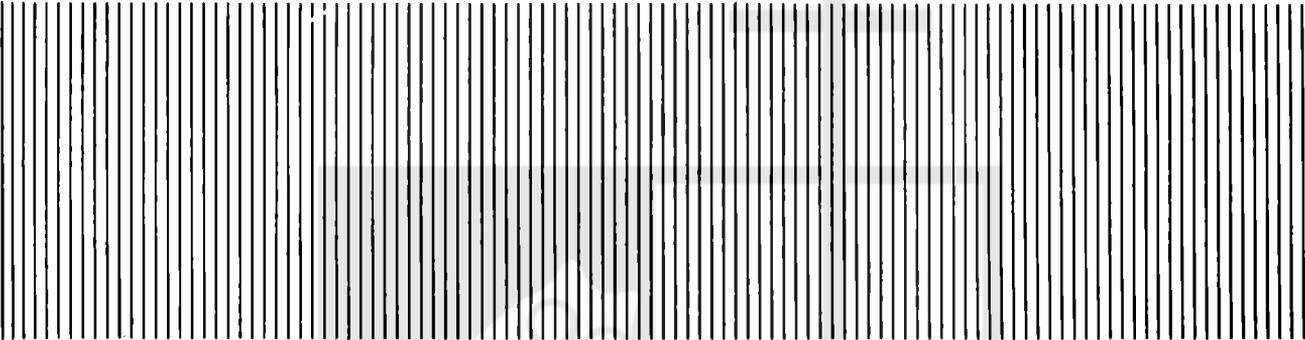
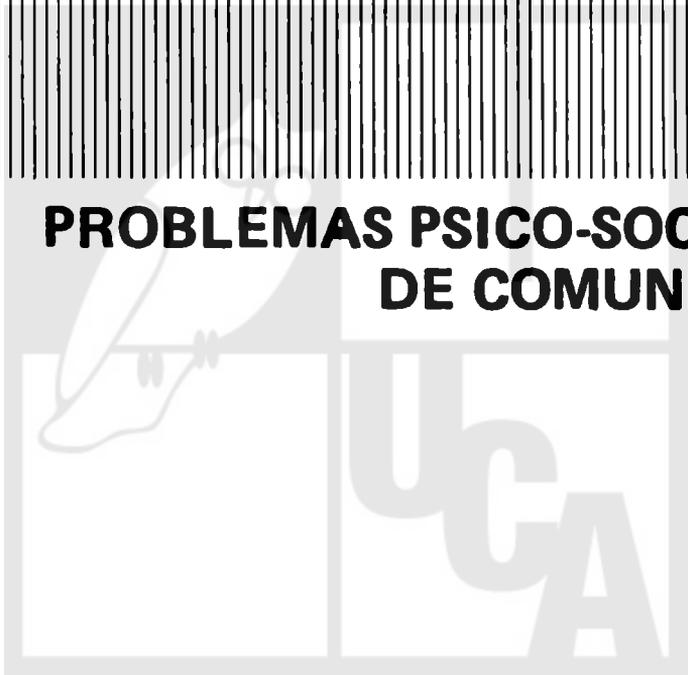


5



**PROBLEMAS PSICO-SOCIALES Y
DE COMUNICACION**



¿Por qué tanta Violencia?

RESUMEN

La violencia es una lacra social entre nosotros. En este artículo se discuten sus causas y sus mecanismos. Después de una breve introducción sobre la agresividad heredada y la agresividad aprendida, se analiza el papel socializante de nuestra descaminada sociedad que, no sólo inicia y educa a los niños y jóvenes para ser agresivos, sino que además los envuelve, durante toda la vida, en un ambiente de constantes estímulos desencadenantes de la violencia. Se expone también la psicodinámica de la agresividad ante los tratamientos aversivos de origen social desde las perspectivas de la frustración, de la percepción y de algunos mecanismos de defensa. Después de una reflexión sobre la agresión entre grupos, se alude a la violencia sádica. No se insiste en soluciones para mitigar la agresividad, suponiendo que el lector reflexivo puede deducirlas por sí mismo.

Introducción

Lorenz pensó en un momento de su trabajo científico, que nuestros conocimientos sobre los instintos sociales del hombre son casi nulos, por lo que, según él, nos hallamos tan impotentes frente a los efectos destructivos de la pulsión humana de agresión como el salvaje frente al trueno y el rayo. (Lorenz, 1976.)

Denker juzga que el Educador, el Político y el Psicólogo deben luchar contra la violencia asumiendo que se la puede dominar haciendo conscientes los mecanismos que la generan (Denker, 1973).

El Salvador, y otras naciones centroamericanas, están pasando por una dolorosa crisis de violencia, la cual es sólo un síntoma de una grave y compleja enfermedad social. Casi todos lamentamos la situación, todos la sufrimos. Este breve estudio trata de analizar aquellos mecanismos, aquellas variables dinámicas que parecen incidir aquí más en esa dolencia que destruye nuestra vida personal, social y política. Enmendando el pesimismo de Lo-

renz, que él mismo matizó en "Confesión de Esperanza" al fin de la obra citada, quizás sirva este trabajo de fecunda reflexión y "conciencia" para los muchos que quisiéramos hacer algo para que, en El Salvador y Centroamérica, el amor prevalezca sobre el odio.

1. Conceptos:

Agresión y violencia se entienden en este trabajo variadas y manifiestas conductas que son motivadas por la agresividad, y tienen en común producir daño a personas o grupos. La **agresividad** es una variable interna, llamada también hipotética, que puede manifestarse en conductas agresivas y violentas, o puede permanecer oculta. Prescindiendo de otros significados metafóricos, agresividad tiene aquí una connotación de tendencia potencial a la agresión.

La **agresividad** y la **agresión** se suelen dividir en **defensivas**, y **sádicas**; las últimas, a las que se llama también malignas, hostiles, etc., están dirigidas a causar dolor, a molestar, a destruir, a matar, a tor-

turar; y todo ello como un fin en sí que se intenta; las defensivas, sin embargo, están programadas para lograr contrarrestar las amenazas, peligros y ataques contra los intereses vitales; el objetivo no es pues el placer de destruir, de hacer daño, sino la conservación y el desarrollo de una vida humana.

2. Potencialidad agresiva en todo ser humano. Herencia y Medio:

Hay autores conservadores que, para minimizar las causas sociales de la violencia, insisten en teorías organicistas y, pulsionales que la expliquen. La agresión sería consecuencia fatal de una predeterminación orgánica. Otros, que tampoco quieren hacer crítica de la sociedad, prefieren aprovechar selectivamente los aportes de autores instintivistas como Freud, McDougall, Lorenz, etc., para explicar casi exclusivamente la agresividad como un instinto alimentado por una fuente inagotable de energía; ésta iría acumulándose en forma de tensión que acabará descargándose destructivamente.

Aunque los factores sociales, como veremos más adelante, son las variables más determinantes de la agresividad, sí parece que el hombre hereda una predisposición potencial a ella. Ni es verdad la rigurosa teoría ambientalista según la cual el hombre nace como un papel en blanco donde la sociedad y la cultura escriben el texto, ni es tampoco un mero organismo programado que sólo recibe del ambiente la energía para desarrollarse según ciertas grabaciones o códigos genéticos inexorables. McDougall hablaba ya en 1908 del "instinto de pugna"; Freud postuló en 1922 el "instinto de muerte", o de destrucción, como un impulso que tiene sus raíces en el organismo humano poniendo a la herencia biológica como base para la violencia. La destructividad y el amor eran, según Freud, las dos pasiones fundamentales del hombre. Sin embargo, tiene que admitir este genial psicólogo que el ambiente (sobre todo de los primeros años de vida), es significativamente importante en el desarrollo de esos instintos: así considera que el "carácter" es el resultado de la acción recíproca entre instinto y medio. Si las condiciones ambientales son buenas, el ser humano, potencialmente agresivo, se desarrollará favorablemente.

Lorenz, etólogo y, también instintivista de la agresividad, acepta cierta influencia ambiental sobre el instinto, aunque esa influencia en sus explicaciones, se fundamenta más en un darwinismo social que en otra cosa: Es decir, Lorenz, a base de estudiar, como otros etólogos, la conducta de los animales en sus hábitos naturales, llega a explicar la agresión como algo inevitable que nace de los determinantes biológicos de los organismos; estos determinantes se deben a la influencia filogenética del ambiente a lo largo de los milenios (Lorenz, 1976). Si el instinto agresivo en los animales está al servicio de la vida (de

la supervivencia del individuo y de la especie), en el hombre, como resultado de la evolución, el instinto agresivo se ha "vuelto loco" y se ha convertido más en una amenaza que en una ayuda a la supervivencia. Durante la evolución, según los etólogos, las necesidades básicas del hombre (comida, habitación, pareja sexual, etc.) fueron satisfechas por medio de la agresión. La que al principio fue un recurso para la conservación, después se ha desvirtuado (Ulrich, 1977). Así ha resultado que el hombre es la única especie que asesina en masa (Tinbergen, 1973), el único primate que mata y tortura con crueldad usando de la llamada agresividad maligna (Fromm, 1975).

Pero se ha demostrado ampliamente, en contra del determinismo de ciertos etólogos, que esa predisposición heredada del ser humano hacia la violencia, puede ser controlada y modelada por múltiples factores actuales del ambiente. La violencia no es un mero fenómeno individual, aunque el individuo sea el que se muestre agresivo, sino un fenómeno de ambientes, un fenómeno eminentemente social y propio del sistema. Skinner llega a expresar que se puede resolver el problema de la agresión manejando las contingencias, es decir haciendo que el hecho de dañar a los demás no reditue beneficios, no añada ningún valor de supervivencia al sujeto o al grupo; y, por otro lado, reforzando sistemáticamente las conductas no agresivas (Skinner, 1969).

Los científicos de la conducta afirman que el niño es potencialmente dulce y violento. La sociedad lo actualiza como violento mediante tres continuas operaciones básicas: extinción de conductas bondadosas o no violentas, al dejar de reforzarlas; administración de frecuentes estimulaciones aversivas que excitan la agresividad; y refuerzo constante de las conductas agresivas que pagan dividendos de satisfacción, seguridad, etc. (Ribes Iñesta, 1977).

De lo dicho hasta aquí se puede concluir que el ser humano no es un mero organismo que sólo reproduce pautas heredadas del pasado filogenético. Pero tampoco es un organismo determinado exclusivamente por las condiciones ambientales y más en concreto por las condiciones sociales. El hombre no es una marioneta movida por los misteriosos hilos o del instinto o del condicionamiento social; es un ser complejo que, sin ser necesariamente violento por naturaleza, como se demuestra por los datos antropológicos (Fromm, 1975), lleva en germen una potencial agresividad que se puede desarrollar y manifestar de múltiples maneras, y en diversos grados de intensidad, dependiendo de un gran número de variables: cada ser humano, sin dejar de ser algo único, es, a la vez como un complicadísimo campo donde operan y se entremezclan numerosas fuerzas influyentes que colaboran en la gestación, desarrollo y manifestación de sus diversas conductas. Por otra parte, las facultades de conceptualizar, razonar,

imaginar y tener conciencia, amplían enormemente los procesos conductuales de este misterioso microcosmos.

A continuación se dan algunos elementos para explicar cómo el ser humano se prepara y aprende a ser violento.

3. El niño es preparado y enseñado, por la sociedad, para ser agresivo.

El niño, según Rousseau, nace bueno, pero la sociedad lo perverte. El hacerse agresivo parece ser una consecuencia inevitable de vivir con los demás; la agresividad comienza como un reflejo de la vida interrelacional; pronto el niño siente que los otros son competidores, obstaculizadores de sus infantiles deseos: el cariño, la atención, los objetos queridos, y, en general, todo lo que es potencial "posesión" del niño puede ser otorgado creando seguridad, o es obstaculizado creando ansiedad, dolor y rabietas agresivas.

Son muchos los factores que inciden notablemente en preparar los ingredientes constitutivos del ser agresivo. Se explican aquí brevemente algunos de los factores, clasificándolos en **contextos sociales** y en **mecanismos psicológicos**. Los dos **contextos sociales** obvios son la **familia** y la **sociedad** en general. Los **mecanismos** son, sobre todo, el **modelamiento agresivo** y el **condicionamiento operante de conductas agresivas**. El resultado de esta socialización del niño y adolescente es, por un lado, una directa preparación para la agresividad; y por otro, una predisposición indirecta hacia la misma, mediante la conformación de la **neurosis de posesión**. Veamos brevemente cómo:

a) **Mecanismos de modelamiento y de condicionamiento**. Primero la familia, y después círculos sociales más amplios, **modelan**, en nuestro ambiente, las conductas agresivas de los individuos: Hay bastantes investigaciones que confirman esta idea de cómo los adultos hacen de modelos para que los niños y adolescentes aprenden, por imitación, las conductas agresivas que manifestarán a su vez, modélicamente, como adultos. Los padres dominantes, por ejemplo, tienen generalmente hijos que, aunque sean aparentemente dóciles, controlan la conducta de sus compañeros con tácticas agresivas (Hoffman, 1960; McCord W., McCord J. y Zola, 1959) "Quizás especulando aún más a partir de estos resultados, podamos esperar, dice Bandura, que los niños criados con demasiado rigor, sean también muy agresivos" (Bandura, 1977, Pág. 324); así como entre grupos mayoritarios, la violencia engendra violencia, así el castigo y los modos violentos tan frecuentes en nuestras relaciones familiares, hacen gestar a los futuros ciudadanos agresivos.

Al contexto familiar se añaden pronto otras influencias subculturales del ambiente social en el

que la misma familia está inmersa: el machismo insolente y violento, la subcultura del "no te dejes", la admiración social por el "vivo", etc. . . producen, también modélicamente, elevadas tasas de sujetos agresivos (Short, 1968).

Además en la familia y en círculos más amplios de la sociedad, se da un frecuente **condicionamiento operante de conductas agresivas**. El modelo se imita porque se admira o porque se apetece sus ventajas y sus éxitos. En casi todo ello hay un efecto de condicionamiento vicario, es decir que se quiere ser como el modelo porque "si el ser así trae tantas ventajas, yo quiero ser así". Ese tipo de condicionamiento operante se da también directamente cuando el niño o adolescente, espontáneamente, o por imitación, inicia conductas agresivas: Si se minusvaloran las actitudes agresivas, éstas no pagarían dividendos sociales, y acabarían por desaparecer; si por el contrario se refuerzan tales actitudes, aprobándolas, premiándolas, se crea una sociedad caracterizada por amenazas, ataques verbales y físicos, y luchas abundantes (Gardner y Heider, 1968).

Por supuesto, el modelamiento y los reforzamientos, que se producen al premiar las conductas agresivas, son amplificados por la mágica influencia de los Medios de Comunicación, sobre todo, aunque no exclusivamente, por la televisión y el cine; los medios, con la aquiescencia ingenua de los padres, de los otros educadores y de las autoridades, ofrecen, a nuestros niños, todos los días, modelos agresivos admirados e imitables, que, al ser premiados, en la pantalla, por sus actos violentos, proporcionan un influyente modelamiento simbólico. "Los niños modernos han presenciado innumerables apuñalamientos, golpizas, agresiones a puntapiés, estrangulamientos, asaltos, y formas menos gráficas pero igualmente destructivas de crueldad, antes de alcanzar la edad para asistir al Kinder" (Bandura, 1977, pág. 315).



Los Medios además, con su maravillosa sugestión, desensibilizan el rechazo y el miedo natural a las situaciones violentas; de tanto verlas, se hace normal que un hombre insulte o golpee a otro o que lo destroce con una ráfaga de metrallata.

El niño aprende también por su gran capacidad asociativa, y por **generalización**, multiplicándose casi ad infinitum su capacidad agresiva; el niño, por ejemplo, odia al villano **barbudo** que se asocia dolorosamente con una situación incómoda real o simbólica; y, automáticamente, acaba odiando, y, si puede, atacando por lo menos verbalmente, a todos los **barbudos**.

Como se puede deducir por lo que antecede, el niño va refinando día a día un aprendizaje que le prepara para agresiones burdas y manifiestas, y, si éstas no son posibles, para agresiones sutiles e indirectas como las exageraciones denigrantes, las mentiras dañosas, el cinismo y hasta el chiste alusivo. El niño está preparándose para sobrevivir en un mundo cruel de competencia.

b) **El contexto de desintegración familiar**, en nuestro ambiente, añade un factor específico de preparación para la agresividad: En nuestros países tanto en las familias burguesas como en las proletarias, el padre está frecuentemente ausente, quedando la mamá a cargo de los hijos.¹

"El niño varón también trata de identificarse con la madre. Pero cuando esto fracasa, es posible que se produzca un vuelco hacia una virilidad forzada. El varón debe ser duro y resistirse a todo tipo de ternura (formación reactiva)" (Denker, 1973).

Por otro lado, en nuestra sociedad, en general la madre transmite las normas sociales. Al empezar la inconformidad contra la madre, el niño y adolescente inicia su rebelión antisocial y agresiva contra las dichas normas sociales. La actitud ambivalente de la mamá, en parte admirando las reacciones viriles y agresivas de su hijo, y en parte censurándolas, produce, en éste, el doble efecto de un refuerzo de su agresividad y de una represión de ella: así se van sembrando los gérmenes que pronto crecerán, en forma de pequeñas o grandes violencias, en gestos, palabras y acciones.

c) **El contexto social de desorden normativo y moral ("anomia")**. El contexto social amplio, y también el familiar, actúan como preparadores de la agresividad mediante situaciones generales de desorden y desintegración moral.

Durkheim (1960) explicaba la violencia suicida por la falta de definición clara de las normas, por la confusión de valores; ese concepto de "anomia" ("falta de leyes", etimológicamente), lo aplica Sorokim (1966) a las conductas agresivas contra las otras personas y grupos, indicando que la confusión de normas sociales, el desorden y desintegración moral y la falta de conciencia social, favorecen la desintegración de los individuos y de los grupos, los hacen

egoístas, alejados afectivamente, fríos a los intereses de los demás, hostiles (Sorokim, 1966).

d) **La neurosis de posesión**. La familia y la sociedad cultivan en el niño y el adolescente una neurosis de posesión que en sí no es necesariamente agresiva pero que potencia enormemente la agresividad; porque la dependencia neurótica de poseer y dominar, como dicen Masserman y Siever, recarga al ser humano de manera que reaccione violentamente, y aun hasta el asesinato, cuando se ponga en grave peligro la indicada posesión o dominio. (Masserman, 1943; Masserman y Siever, 1944.)

En efecto el niño, como el adulto, va creando sus "posesiones", sus haberes, sus zonas de influencia (reales o imaginarias, presentes o futuras), que, en parte por instinto, y, en parte por aprendizaje modélico y operante, defenderá por todos los medios, incluidos los más violentos.

Pero el problema está en que la familia y la sociedad en general exacerban más y más esa neurosis de posesión magnificando su correspondiente agresividad potencial. Veamos cómo y con qué consecuencias:

La tendencia a la posesión se manifiesta como la primera necesidad biológica de alimento que tiene el niño recién nacido: así se concreta entonces la tendencia general a poseer, que es parte esencial de la estructura humana (Shultz-Hencke, 1971). "La relación necesidades naturales y posesión, se sitúa a nivel de los primeros aprendizajes humanos (Arroyo, 1978).

Con el alimento, el niño necesita poseer (y consiguientemente retener), la leche, el calor, la blandura y la protección de la madre, y, en general, todo aquello que le da satisfacción y comodidad. Hasta ahí todo va bien, a condición de que la satisfacción de esas "posesiones" sirven para establecer comunicaciones interpersonales adecuadas. Pero las cosas poseídas se hacen fin, en vez de medios para la comunicación, y se genera la alienación del individuo. Entonces las cosas no son deseadas naturalmente, en la medida en que sirven para la propia conservación y desarrollo, y para cimentar la intercomunicación humana, sino en cuanto son objetivos de satisfacción obsesiva; la posesión de, cada vez más ilimitadas necesidades adquiridas, empieza a esclavizar al ser humano; el afecto, y las consiguientes relaciones de comunicación y cooperación con las demás personas, si los padres no educan bien, son suplantados por las "cosas"; la seguridad del afecto es sustituida por la seguridad de poseer bienes en la imaginación o en la realidad; el mismo valor de

1. Sólo el 31 o/o de niños salvadoreños nacen en matrimonios, entendidos ampliamente como uniones estables o de matrimonio religioso o de matrimonio civil. (Dirección General de Estadística y Censos, 1976, pág. 33).

las "personas en sí" es secundario, valen en tanto en cuanto me proporcionan la satisfacción; y tanto se minusvaloran cuanto más me la obstaculicen. A esto se llega por un largo proceso de socialización: en el que el niño aprende profundamente, por modelamiento, y por condicionamiento, que lo que interesa hoy es tener el máximo de bienes y de poder, para asegurar el máximo de satisfacción y de privilegios; aun el mismo "amor" es hoy socializado como un bien más, o un poder más, el cual, porque satisface, se compra, se gana sutilmente o se arrebatada. Ese proceso, en las familias desintegradas, se hace todavía más fácilmente, suplantando el afecto, que falta, por objetos substitutivos. A la desintegración familiar e influencia directa de la sociedad, se junta, otra vez aquí, la influencia deseducadora de los Medios de Comunicación para afianzar este peligroso proceso: el niño ve que el que tiene es excitado a tener más y más para afianzar, con cosas, su seguridad psicológica, generando una neurosis de posesión; y que a los que no tienen se les sugiere sistemáticamente miles de nuevas necesidades secundarias y artificiales añadidas a las desesperantes necesidades primarias secularmente insatisfechas. Ya la falta de las cosas más elementales (comida, habitación, medios de salud y educación, etc.) produce, en los niños y adolescentes pobres, un vacío de las relaciones afectivas normales y una permanente insatisfacción frustrante; si a esa falta trágica de lo esencial se añade la constante sugestión, por los Medios, de un mundo maravilloso de bienes materiales, que es preciso poseer para ser feliz, se les está condicionando a esos niños y adolescentes para una existencia de deseos alucinatorios imposibles de ser convertidos en realidad; se les está obligando hacia la neurosis de posesión.

Lógicamente nuestra sociedad prepara los futuros adultos para que las diferencias de acumulación de bienes materiales, como veremos más adelante, sea la gran variable determinante de la agresividad: el que tiene mucho, es formado por la sociedad para, no sólo retener lo que tiene, sino para aumentarlo como sea: su propia identidad personal, su seguridad psicológica y su identidad social, estarían en peligro si así no fuera. Los que nacen de familias que tienen poco o nada, sienten en sí mismo no sólo el fuerte impulso natural de satisfacer sus frustradas necesidades primarias, sino, más aún, sienten el agujón de cientos de necesidades secundarias sugeridas por la sociedad consumista y por los Medios.

Por lo menos en una cosa estarán de acuerdo los diversos grupos o clases sociales que se forman así: en el deseo de poseer más y más, en la sed insaciable de conservar los muchos o pocos bienes que tengan y de aumentarlos indefinidamente. La sociedad casi no enseña a nuestros jóvenes a participar, en una relación de amistad y de afecto personal; les enseña más bien a envidiar, a competir y a lu-

char. La consiguiente dinámica va a ser combatir por la posesión de bienes, como se combate por la propia supervivencia: y esto es bien lógico si los bienes se anhelan neuróticamente como una extensión del propio Yo. Así, la bien generalizada neurosis de posesión prepara a la agresividad personal y social.

En resumen, por un lado la familia por su frecuente desintegración y por su deficiencia educativa; y, por otro lado, la sociedad anómica, agresiva, materialista y sugerente, prepara, por modelamiento y condicionamiento y por inducción de neurosis de posesión, las bombas de tiempo que, tarde o temprano, explotarán inexorablemente en la gran diversidad de las conductas agresivas.

Mediante el descrito proceso de socialización el niño ha ido estructurando su carácter, entendido éste en el sentido freudiano de fuerzas inconscientes integradas en un sistema nuevo y dinámico, como resultado de la acción recíproca de instintos y medio ambiente.

La misma sociedad que preparó el carácter agresivo de sus jóvenes miembros, esa misma, como veremos a continuación, les ofrece abundantemente estímulos desencadenantes de esas terribles fuerzas inconscientes.

4. La sociedad envuelve al individuo en un ambiente de constantes estímulos desencadenantes de la violencia.

a) **Deprivación de las satisfacciones primarias:** Un primer grave estímulo desencadenante de violencia es la impuesta deprivación que impide la satisfacción de las necesidades primarias. La sociedad es absurda: Por un lado, sobre todo mediante la familia y los Medios, prepara a sus miembros para poner la seguridad psicológica en la posesión de las cosas e identificación con ellas para soñar con el maravilloso mundo del consumismo, y para compararse envidiosa y alucinatoriamente con los que tienen más; por otro lado esos individuos, así "preparados", chocan con un muro infranqueable que les impide acceder, no ya a los bienes artificialmente necesarios, sino a las cosas más indispensables para la supervivencia física y psicológica de ellos mismos y de sus familiares. En épocas anteriores, cuando el fatalismo, la ignorancia, el sopor del hambre y de la enfermedad atenazaban a los deprivados de los bienes esenciales, estos seres dormían su tragedia; pero hoy de muchas maneras, la misma sociedad, a veces sin pretenderlo, está propiciando el nuevo "levantamiento de los esclavos". Estos modernos incipientes "libertos", no entienden quizás de conceptos de sociólogos y psicólogos que hablan de "violencia estructural" o "institucional", pero los reclamos diarios de una sociedad consumista los están despertando a una nueva conciencia de que algo, alguien o alguna de sus necesidades más profundamente sentidas.

Esta situación, compleja del punto de vista so-



cio-económico, es percibida por los necesitados como un "estímulo simple" que está haciendo peligrar la satisfacción de lo que más vale para ellos y sus hijos: el alimento, la salud, el cobijo del hogar, la libertad, la dignidad, su verdad: y ante este estímulo simple, dice Fromm, "su reacción es sencilla e inmediata, casi refleja, porque radica en su organización neurofisiológica" (Fromm, E., 1975, pág. 243).

Esa reacción que se moviliza normalmente, como dependiendo de una programación filogenética, es una respuesta biológica a todo lo que amenaza la seguridad y la supervivencia del individuo o de la especie. Von Monakow lo llega a llamar, por eso, "conciencia biológica" (Von Monakow, 1950) y ha constituido una de las fuerzas violentas más decisivas en los grandes cambios de la historia.

Se entiende por qué esta agresividad casi automática, cuando se dan ciertas condiciones subjetivas, se llama "defensiva": se admite que es una reacción para defenderse contra las violencias estructurales e individuales que bloquean la satisfacción de las necesidades primarias.

b) **La falta de libertad:** Se cita más arriba a la libertad como uno de los intereses vitales del ser humano. Cada vez está más generalizada la opinión de que el anhelo de libertad no es un mero subproducto de la cultura por condicionamiento, sino un impulso muy enraizado en el individuo, porque la libertad es la conducción de su normal desarrollo físico y psicológico; por eso la lucha por la libertad es como una reacción biológica del hombre (Von Foerster, 1970):

Libertad de movimientos, libertad de expresión, libertad de asociación, libertad de elegir sus propios gobernantes, etc., ha sido el grito continuado de la historia en contra de los dominadores internacionales, de los dictadores y caciques abusivos, y

de los grupos que coartan injustamente esa necesidad primaria.

Ciertamente la historia de la humanidad, y de sus más nobles revoluciones de independencia (en el sentido más amplio), es una epopeya continuada de luchas violentas por la libertad, en sus diversos aspectos, en contra de los violentadores de ese sagrado derecho. "¿Es sorprendente, entonces, comenta Fromm, que la agresión y la violencia siga produciéndose en un mundo donde las mayorías están privadas de libertad, sobre todo en los países llamados subdesarrollados?" (Fromm, 1975, 205).

c) **Autoritarismo arbitrario y anomia.** La libertad de unos suele estar en razón inversa del autoritarismo y del poder dictatorial de otros. Dicho de otra manera, hay pocos factores que producen mayores reacciones de violencia social que el abuso de poder, y la injusticia e irracionalidad de la autoridad que se expresa, sobre todo, en situaciones de "anomia" (Durkheim, 1960; Sorokim, 1966), cuando hay aplicación arbitraria, desigual e injusta de leyes ambiguas, cuando hay desorden moral y falta de normas y valores, cuando se entronizan la trampa, el incumplimiento de promesas y la falta de legitimación; a veces contra la autoridad arbitraria y abusiva que restringe la libertad, la reacción inmediata es el miedo, el respeto obligado y la sumisión fingida; pero también surge, en lo más profundo, una reacción instintiva de compensar la falta de equidad y de justicia haciéndose ejecutor violento de ella; y, tarde o temprano, salta la espoleta.

d) **Condiciones objetivas de vivienda, y agresividad.** Algunos autores discuten si la falta de espacio, por exceso relativo poblacional influye o no sobre la agresividad. Parece ser que, en los animales la asfixiante falta de espacio físico conlleva a veces reacciones agresivas. Pero en el ser humano puede

darse densidad poblacional y darse al mismo tiempo sensación de libertad. Holanda y Bélgica están tan sobrecargados como El Salvador, por ejemplo, y los holandeses y belgas no se distinguen por su agresividad. Así ciertas comunidades con alta densidad poblacional, como los Kibutzim de Israel, logran crear estables vínculos de cooperación y solidaridad.

Pero si a condiciones físicas de vivienda insuficiente, estrecha e incómoda, como en nuestros mesones y barrios marginados, se añaden otras condiciones de pobreza de medios y oportunidades, de falta de estructuración social y de vínculos comunes, y de carencia de privacidad y de libertad psicológica, entonces se incuban grandes potencialidades de agresión.²

e) **La misma sociedad concientiza a los desposeídos, sobre la anchura y hondura de sus necesidades.** Se aludía hace un momento a cómo la misma sociedad de muchas maneras, y, a veces sin pretenderlo, está propiciando el "levantamiento de los esclavos". En efecto, ni el hambre, ni la falta de techo adecuado, ni la carencia de atenciones de salud y educación, ni siquiera la falta de libertad, engendran inexorablemente situaciones de violencia manifiesta; los volcanes no necesariamente explotan, aunque dentro vayan acumulando tensiones telúricas gigantescas; antes, la privación y la depauperación producen por lo general desesperación mezclada con servilismo pero hoy la sociedad consumista no puede ocultar la realidad: no se puede opacar la luz brillante del sol con las manos; las ondas hertzianas, transpasan todas las fronteras y llegan a los rincones más solitarios comunicando mensajes de esperanza. Como en el siglo XVIII surgió la revolución política de la clase media contra los privilegios feudales, al hacerse consciente de que el orden que sustentaba el feudalismo no era natural sino injusto, así ahora la misma sociedad capitalista se encarga paradójicamente de concientizar, comunicando modelos de avances sociales y económicos, y ejemplos de personas, grupos y naciones que luchan exitosamente por sus derechos conculcados secularmente; sencillamente la sociedad misma, de mil maneras, pero sobre todo con sus Medios de Comunicación, refuerza, todos los días, el afán y la esperanza de tener, y sugestivamente hace alcanzable la satisfacción de las necesidades derivadas de la deprivación; la sociedad hace despertar, sin quererlo, la conciencia aletargada de los pobres; automáticamente el volcán empieza a rugir y descarga sus tensiones acumuladas (Véase Bandura y Walters, 1963; McPhail, 1971, recoge una serie de investigaciones recientes que confirman esta tesis). Antes, por ejemplo, eran aceptadas sin dificultad las grandes diferencias sociales, pero hoy, en virtud de ese modelaje, concientización y condicionamiento, los necesitados son especialmente sensibles a la provocación de los que exhiben los símbolos de la acumulación de riqueza; la manifiesta

sobreabundancia de los otros hace más vívida su indigencia, y consiguientemente se despierta la envidia y la agresividad.

La conclusión de lo que antecede es que, dadas las condiciones socioeconómicas y la concientización de las masas "la violencia es prácticamente segura si los individuos privilegiados se aferran desesperadamente a la riqueza, al poderío y a la irresponsabilidad tradicionales" (McNeil, 1975, pág. 87). Dicho de una manera positiva, se evitará, por lo menos parte de la agresividad reactiva o defensiva, cambiando los factores que la movilizan, garantizando a todos la satisfacción de sus necesidades básicas; lo que supone, como veremos más tarde, audaces cambios en la participación de bienes y poderes.

Como punto final, y antes de entrar más explícitamente en el análisis psicodinámico de la violencia, queda otra vez constancia de la influencia absurda de la sociedad: con una mano da lo que con la otra quita; por un lado las estructuras sociales niegan a las grandes mayorías de ciudadanos la satisfacción de sus necesidades primarias; y, por otro lado, no sólo despierta su conciencia para que no queden resignados en sus carencias, sino que, como vimos anteriormente, excita sugestivamente, por todos los "medios", su afán neurótico de posesión promoviéndoles, por modelamiento y condicionamiento, a una serie interminable de necesidades secundarias y artificiales propias de las sociedades más derrochadoras y consumistas.

La consecuencia es una gran tasa de voracidad consumista, que, al ser imposible de satisfacer, es el mejor detonante de la agresividad "instrumental"; se llama así, como vimos, porque su objetivo no es la violencia y destrucción como tal, sino ser instrumento para obtener lo que apasionadamente se anhela; algo así como un drogadicto (todos somos más o menos drogados por el consumismo) que, a veces, llega a robar y a atacar para conseguir su dosis.

De parecida manera, cuando el desarrollo económico o social no sigue el ritmo de las aspiraciones naturales y generadas artificialmente, se produce una grave tensión desequilibrante entre deseos y satisfacciones de las grandes masas y se proporcionan los ingredientes para la explosión de las revoluciones violentas (Davies, 1962).

2. Como un índice del hacinamiento poblacional en El Salvador, está el número de personas que viven en mesones. Como se sabe, en general los mesones se caracterizan por su hacinamiento y falta de privacidad. En San Salvador el 32.7 o/o de la población total y el 53 o/o del sector popular, viven en mesones. Del sector popular, viven en mesón el 63 o/o en San Miguel, el 77 o/o en Santa Ana y el 85 o/o en Sonsonate. (Harth Deneke, 1976).

5. Psicodinámica de la agresividad ante los tratamientos aversivos de origen social.

a) **Frustración-Agresividad:** Durante estos últimos decenios ha gozado de prestigio entre los psicólogos sociales, la teoría "**frustración-agresión**" formulada por un grupo de psicólogos de Yale. Como punto de partida de esa teoría se asume que "la agresión es siempre una consecuencia de la frustración". . . "y, viceversa, la existencia de frustración siempre lleva a una forma de agresión". (Dollard, et alii, 1939, pág. 10). La frustración implica una obstaculización o interferencia de una meta, de una inclinación o de un anhelo de satisfacer necesidades primarias o secundarias. La codificación o interpretación es algo personal, dependiendo de la percepción que uno tiene de la situación (McNeil, 1975).

De esa interpretación subjetiva depende grandemente la cantidad y calidad de frustración y, consiguientemente el tipo y magnitud de la agresividad. Así los bloqueos que se juzgan malévolos e injustos son mucho más frustrantes que los obstáculos ingenuos o involuntarios (Cohen, 1955).

Existe una movilización de energía extra, cuando se encuentra una barrera en el camino hacia una meta. Si esa movilización de energía no tiene éxito después de un forcejeo, tiende a expandirse hacia una conducta destructiva (McNeil, 1975).

El forcejeo, o intento de salvar las barreras, toma diversas formas: buscar apoyos, suplicar, negociar, dialogar, empujar simbólicamente el obstáculo, etc. Si nada resulta, queda sólo la desesperación depresiva, la anestesia del alcohol o las drogas, o la más obvia, la agresión contra el, o los, que obstaculizan, la obtención del objetivo o contra sus parecidos o substitutos.

La fuerza de la instigación a la agresión, según los autores de Yale, varía directamente con la cantidad de frustración. La variación en la cantidad de frustración es una función de tres factores: 1) fuerza de la instigación a la respuesta frustrada. Por ejemplo, un hombre hambriento a quien se impide comer, es inducido a una mayor agresividad que un hombre saciado en igual circunstancia. 2) Grado de interferencia que impida la conducta que se anhela. Por ejemplo, se induce más agresividad a un hombre a quien se detiene injustamente durante toda una noche que si se le detiene durante cinco minutos. 3) Número de secuencias de respuestas frustradas. Las pequeñas frustraciones se van acumulando, y un día producen una explosión que pareciera desproporcionada si solamente se considera la última frustración.

Aunque algunos autores como Buss (1969), Bandura y Walters (1963), y otros, han criticado algunos aspectos de esta explicación de la agresividad, no cabe duda que esa teoría ayuda a entender muchas de las conductas agresivas. Berkowitz (1962) defendiendo esa teoría de frustración-agresividad,

con algunas pequeñas correcciones, "sostiene que la frustración genera ira y así predispone a una persona a responder de forma agresiva, pero que esta agresión no ocurrirá a menos que un estímulo apropiado esté presente" (Walters, 1966). Bandura prefiere hablar de "condiciones aversivas," es decir que desagradan, en vez de hablar de frustración.

Llámeselos "frustración", "condiciones aversivas", o "dolor" (como también las llama Bandura), lo cierto es que la persona lastimada en su carne, en sus anhelos, en sus necesidades primarias o secundarias, etc., siente arder su agresividad, es decir, que, con la falta de comida, de techo confortable, de privación, de libertades debidas, de respeto y de dignidad, se envenena de agresividad emocional su corazón. El que esa emoción se manifieste, o no, claramente en conductas violentas, depende de diversas variables, pero principalmente de la llamada "**fuerza de inhibición**"; ésta, a su vez, varía positivamente con la cantidad de castigo que se prevea como consecuencia de un acto (Dollard, et alii, 1979): es decir si el ambiente social suele rechazar, o ve mal, o no premia y aun suele castigar, ciertos actos agresivos que el hombre frustrado tiende a hacer, estos actos son inhibidos, no se manifiestan claramente, aunque la emoción de agresividad se mantiene y desarrolla internamente. El que las condiciones sociales le obliguen a uno a frenarse, inhibiendo la manifestación espontánea de la agresividad producida por las situaciones aversivas, es, por otro lado, una adicional fuente de frustración y de consiguiente agresividad contra el responsable de tal inhibición. La agresividad así producida, y además ampliada por inhibición, pocas veces se puede aplicar directamente a los causantes, de las condiciones aversivas. Generalmente, o se **desplaza** con actos agresivos directos hacia otras personas, grupos, y aun seres diversos; o se expresa en formas indirectas, como chistes y "cuentos"; o se inhibe hasta una próxima oportunidad de ser externada.

Las aplicaciones de este análisis son numerosas. A modo de ejemplo recordemos algunas:

—El **ataque físico, percibido** como injusto, suscita reacción de violencia. Azrin (1967) y Ulrich (1966) concluyen de sus investigaciones, que esa reacción es refleja, automática, no aprendida. El castigo aumenta la agresividad, en vez de disminuirla: cuando los agentes sociales abusan de su fuerza y poder para castigar, provocan resentimientos a veces incontrolables.

—Los **insultos, las calumnias, y amenazas verbales**, por ejemplo en los periódicos, producen agresividad porque el injuriado los **interpreta** como un obstáculo a la satisfacción de sus necesidades: por medio del pensamiento, el aludido comprende, que se le está poniendo una barrera a ciertos deseos de paz, seguridad, prestigio, etc. Más adelante se indica que parecido efecto producen, en una persona, los

insultos, calumnias y amenazas contra otras personas o grupos que tienen vinculaciones de parentesco, afecto, ideas, intereses políticos, etc., con la primera. La razón es la misma, esta persona interpreta que sus propios intereses y anhelos peligran.

—Las personas o grupos que obtuvieron posiciones de dominio, resistirán agresivamente según Masserman (1943), a los grupos reivindicativos a quienes perciben como peligrosos para su seguridad y posición.

—Se levantan oleajes tormentosos de agresividad si las masas perciben que la injusticia estructural y las injusticias de los particulares les impiden el acceso real a una vida adecuadamente humana de respeto, de dignidad, de libertad (en sus múltiples dimensiones legítimas), de acceso a los bienes necesarios (de alimentación, techo, salud, educación, etc.). Helder Cámara lo dice con su palabra directa y punzante: “Nadie ha nacido para ser esclavo. A nadie le gusta padecer injusticias, humillaciones y represiones. Una criatura humana condenada a vivir en una situación infrahumana se parece a un animal (un buey, un asno) que se revuelca en el barro. Pero el egoísmo de algunos grupos privilegiados encierra a multitud de seres humanos en esa condición infrahumana, donde padecen represiones, humillaciones e injusticias, viviendo sin ninguna perspectiva, sin esperanza, con todas las características de los esclavos. Esta violencia instalada, institucionalizada, esta violencia número uno atrae a la violencia número dos: la revolución de los oprimidos o de la juventud decidida a luchar por un mundo más justo y más humano”...



“Cuando la contestación contra las injusticias llega a la calle, cuando la violencia número dos trata de hacer frente a la violencia número uno, las autoridades se creen en la obligación de salvar el orden público o restablecerle, aunque hayan de emplear medios fuertes. De esta forma entra en escena la violencia número tres. Algunas veces las autoridades llegan más lejos: para conseguir informaciones, quizá decisivas para la seguridad pública, la lógica de la violencia conduce a utilizar torturas morales y físicas, como si las informaciones arrancadas con torturas pudieran merecer la confianza más segura” (Cámara, 1974). Esta última violencia se podría llamar la violencia número cuatro. Y así se establece la cadena interminable de violencia-frustración-violencia.

Añádense, a esos oleajes, los producidos por la frustración inacabada de no poder satisfacer nunca los miles de necesidades artificiales provocadas por el sugerente y sistemático cántico de sirena de los Medios de Comunicación.

Se pueden multiplicar los ejemplos ad infinitum. Por ahora basten esas nuestras; pero observe-se que, en los cuatro ejemplos se ha aludido a “percepciones” o “interpretaciones” subjetivas. En efecto, la percepción influye en, y depende de, las condiciones agresivas. Aunque no sea más que someramente, se alude a continuación a ciertos fenómenos perceptivos que pueden ayudar a explicar ciertas conductas sociales que nos perturban.

b) **Percepción y agresividad:** Siempre, pero sobre todo en épocas de conflicto, los datos objetivos que ofrece la realidad se subjetivizan; los elementos que se reciben por los sentidos, como decía el antiguo adagio latino, “se reciben al modo del recipiente”. White (1931) llamaba a estas percepciones “imágenes en el espejo”, porque la realidad no es la misma para los mismos observadores; cada persona y cada grupo tiene su propio espejo, su propia interpretación de la realidad; incluso puede modificarse, en la misma persona o grupo, la “percepción” de los mismos datos objetivos, dependiendo de los cambios emocionales.

Está demostrado (Stagner y Osgood, 1946) que, en tiempos de tensión social, las percepciones se polarizan, se extreman, se hacen tendenciosas y exageradas. Para poner un ejemplo no demasiado lejano, es interesante oír cómo se “perciben” en Centroamérica los datos de la guerra civil de Nicaragua entre Sandinistas y Somoza, dependiendo de los miedos y esperanzas de cada percipiente.

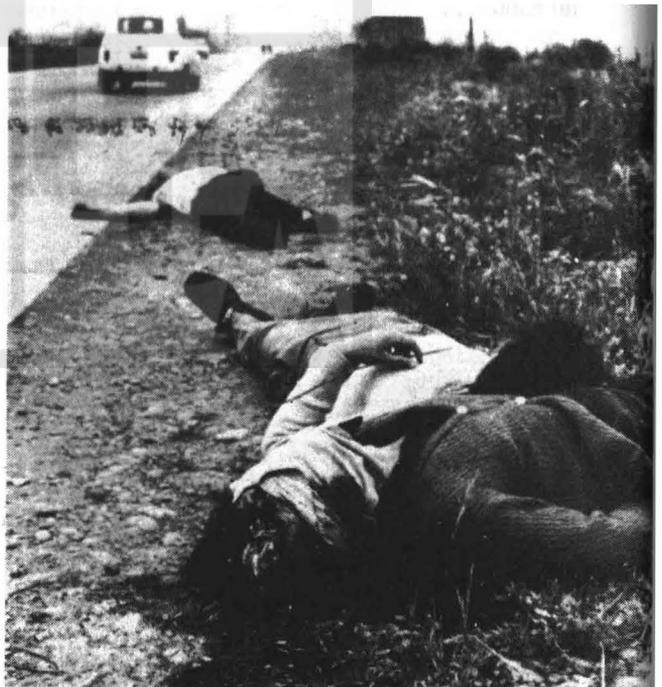
En tiempos de conflicto las percepciones aumentan en subjetividad; como indica Zufiga, el sentido común, una comodidad normalmente tomada como obvia, se debilita y se reemplaza por sistemas competitivos de atribución de sentido; los rituales de la interacción y comunicación entre personas y grupos se convierten en sutiles estrategias de inter-

pretación de los hechos en un sistema polarizado de "ellos" y "nosotros" (Zúñiga, 1975.). Entonces se dan las interpretaciones exageradas y sin matices, las conclusiones tajantes; no se dan los grises, sino lo blanco o lo negro; el "amigo", o el "enemigo", el "bueno o el malo", el "comunista" o el "fascista"; el "opresor o el oprimido", el "que está con nosotros o el que está contra nosotros"; en una palabra, no se aceptan juicios ponderados y compensados sobre personas y grupos, no se tolera esa ambigüedad y complejidad de la realidad sino que se la simplifica perceptivamente. Frenkel-Brunswick (1949) llamó a este fenómeno "intolerancia a la ambigüedad".

A estas categorizaciones simples se llega por un largo proceso de frustración-agresividad acompañado de emociones de ira, temor, etc.; durante ese proceso se dan los conocidos fenómenos de **percepción selectiva** y de **distorsión perceptiva**. El primero consiste en percibir sólo parte de la realidad, como en un proceso de muestreo; se acepta lo que encaja con mis claves de interpretación o con las de mi grupo, y se rechaza el resto de datos; la **distorsión** cambia la misma realidad para que el dato coincida con el esquema mental: por ejemplo un acto objetivo de real bondad de un enemigo se codifica mentalmente como estrategia alevosa. Cada percepción se compone de un limitado grupo de elementos.

Más aún la memoria también distorsiona y selecciona el material que quizás se percibió ya selectiva y distorsionadamente. Edwards, A.L., (1941) tiene, a este propósito, un valioso estudio sobre la influencia de los marcos políticos de referencia sobre la percepción recordada. Freud, S. discutió sabiamente el fenómeno de represión de recuerdos desagradables y de creación inconsciente de historias falsas.

La percepción selectiva, distorsionada y polarizada es efecto de las emociones agresivas, pero, a su vez, es un facilitador de la misma agresividad: Por ejemplo, mediante ese tipo de percepción se llega fácilmente a ver a las otras personas o grupos (que son culpables de la frustración) no como seres humanos, sino como el "enemigo", el "culpable", el "canalla"; el "despreciable", la "escoria", la "inmundicia", el "gusano", el "chinche", el "puerco": Todas estas son calificaciones que, en la corta historia de los últimos decenios, se han verbalizado frecuentemente; entonces se hacen psicológicamente menos aversivos para el agresor, el insulto, el ataque, el abuso, la arbitrariedad, la calumnia, y hasta el mismo asesinato, ya que al rebajar al nivel de infrahumano al oponente, no operan los controles del superego, no remuerde la conciencia. El agresor se defiende mentalmente también, comparando las reacciones agresivas "razonables" de él con las "injustas" y "grandes" violencias de los otros.



Esa misma falta de realismo perceptivo propicia ciertos mecanismos de defensa que facilitan la violencia: En efecto, sólo a título de ejemplo, piénsese en cómo el agresor disminuye imaginativa y aun verbalmente los malos efectos de su violencia, enfatizando comparativamente los beneficios de ella derivados para la paz futura, para la **seguridad**, para la libertad (Brock y Buss, 1962).

Son también frecuentes los casos de **mecanismos de desplazamiento** y de **mecanismos de proyección**:

El primero se presenta cuando uno libera la hostilidad sobre personas o grupos que no están implicados propiamente en la frustración previa; se habla de "**transferencia**" y "**generalización**" cuando la persona a quien se ataca, se parece al inductor del dolor o frustración; en el **desplazamiento** de la agresividad, puede ser que ni se dé un parecido ético o socioconductual; basta a veces que el sujeto agredido haga el mismo trabajo o la misma profesión que el inductor de la frustración, o que sencillamente pertenezca al mismo grupo: lo clave es que al ser objeto de la agresión se perciba como "enemigo" "despreciable", etc., y conectado con la causa de la frustración, en virtud de inexplicables asociaciones mentales del agresor.

Igualmente el mecanismo de proyección exagera en los demás un defecto que uno no quiere reconocer en sí mismo; así el injusto percibe a los demás como injustos. Hoy se da frecuentemente ese tipo de paranoia agresiva: A base de seleccionar y distorsionar la información, el agresor real o potencial reduce sus propios sentimientos de culpa: "yo no atacaría", piensan, "pero ataco porque me atacan, o atacan lo que quiero o aprecio".

Bandura hace una aplicación práctica del fenómeno de percepción a los conflictos sociales, indicando que se usa de una norma doble para juzgar la agresión: . . . "Quienes consideran que sus intereses sociales y económicos están salvaguardados por el sistema, aplauden las prácticas represivas que mantienen el control social; por el contrario, los disidentes que persiguen cambios sociales a través de la presión colectiva, ven en las contramedidas coercitivas, tomadas por los agentes de control, actos agresivos, con los que se intenta preservar el 'statu quo', más bien que proteger imparcialmente el bienestar de todas las capas de la sociedad" (Bandura y Ribes Iñesta, 1977, pág. 310).

Quizás este es el momento de responder a una pregunta angustiada que se hacen los científicos sociales: ¿Por qué el hombre es más agresivo que los animales? Sin pretender explicar todas las causas de ese fenómeno singular se sugieren aquí tres indicios o hipótesis que se interrelacionan:

La especial **capacidad de pensar** del ser humano, su **inagotable posibilidad de aprender**, y su trágica **habilidad para crear condiciones sociales frustran-**

tes, hacen la enorme diferencia entre el hombre y los animales:

Primero la agresividad, en el hombre se desarrolla, sobre todo, por influencia de procesos mentales; por ejemplo, grupos políticos, gremiales, etc., siguen en la lucha porque las satisfacciones previstas mentalmente superan a las privaciones, dolores y peligros inherentes a la pugna política, gremial, etc.; por otro lado el **pensamiento simbólico** habilita al ser humano para reaccionar no sólo como los animales, al peligro claro y presente, sino también a los peligros y amenazas previstos, que se están fraguando. Unas veces esos peligros se prevén realísticamente a base de inducciones legítimas; otras veces son peligros sugeridos desde una angustia y ansiedad psicótica como la de los que en todo ven "comunismo"; de cualquier manera que sea, el pensamiento hace presentes gran cantidad de condiciones aversivas pasadas y futuras, multiplicando así las reacciones agresivas: Su capacidad cognoscitiva permite al hombre imaginar combinaciones de variables y de consecuencias futuras, y reaccionar previendo resultados; mucha parte de la violencia humana es desencadenada, o no es inhibida, por previsión de consecuencias.

Esta capacidad de previsión conceptual, mediante universos simbólicos, explica también el mantenimiento de conductas agresivas a pesar de inmediatas consecuencias punitivas; así, por ejemplo, se mantienen firmes ciertas luchas gremiales y políticas a pesar de las consecuencias aversivas cercanas, porque los que exigen reivindicaciones prevén, con su pensamiento, que se conseguirán, en el futuro, cambios sociales que satisfagan sus necesidades y disminuyan sus frustraciones.

Segundo, el ser humano mantiene durante toda su vida aquella capacidad de aprender agresividad, y tendencias a manifestarla, mediante modelos y refuerzos; recuérdese, para evitar repeticiones, lo que se escribe, a este propósito, en páginas anteriores. En este sentido, otra vez, los grupos de referencia y los Medios de Comunicación y, en general, los factores culturales, influyen ampliamente, reforzando, sugiriendo modelos agresivos, manipulando, y desplazando la agresividad sobre distintos objetivos, idealizando, sublimando y disculpando las conductas más violentas incluyendo el asesinato masivo; el papel de los Medios es, sobre todo, de modelamiento y de desensibilización y acostumbamiento mediante imágenes.

Y tercero, la sociedad, amplificando la sed natural de los hombres, ha hecho de cada uno de ellos un campo inmenso de necesidades insatisfechas. Las necesidades del animal son muy limitadas; el horizonte de necesidades del hombre es virtualmente infinito, por su genial creatividad; y es realmente inmenso por los influjos sociales, de los cuales el mismo hombre es responsable. Recogiendo lo ya indicado anteriormente, es útil reflexionar cómo ideales,

valores, metas, sueños, e intereses no son hoy impulsados generalmente por encima de niveles estrictamente materiales, pero sí son extendidos más y más, provocando un desequilibrio doloroso entre la voracidad suscitada y la realidad posible, que, por otro lado, niega a las mayorías las satisfacciones de lo vitalmente necesario.

Otra vez se impone aquí la reflexión de que las mismas condiciones sociales que "educaron" a nuestros niños y adolescentes en la escuela de la agresividad, esas mismas condiciones se aprovechan de las maravillosas potencialidades del hombre para excitarle, ya sea directa o indirectamente, aunque quizás sin pretenderlo, hacia una amplia y constante agresividad generada en el dolor, la insatisfacción y la frustración.

6. La violencia entre grupos: Con lo que antecede, podemos explicarnos suficientemente por qué se dan entre nosotros tantos fenómenos de agresividad: por qué se piensa mal de los otros, por qué la gente desconfía, se insulta, se calumnia, por qué las personas manifiestan, de miles de maneras, su disconformidad y frustración, por qué se ataca la propiedad, por qué se hiere y se mata.

Pero hay además otros catalizadores grupales que aceleran esas reacciones en las que estamos todos envueltos; véase cómo:

Los marxistas interpretan los conflictos sociales como conflictos fundamentalmente entre clases económicas; para ellos la violencia revolucionaria es necesaria. Presdinciendo de ideologías, hay que admitir que los conflictos sociales se desarrollan entre grupos de intereses, ya sean de distribución económica o de capital productivo, ya sean de distribución de autoridad (Dahrendorf, 1970); el individuo se siente impotente para defender sus derechos o para conseguir sus metas, y se asocia a otros que comparten sus objetivos. El grupo garantiza, en unos, el mantenimiento de sus bienes y privilegios o la conservación del poder y la autoridad; en otros el grupo asegura la conquista de niveles más humanos. Pronto surge el conflicto explícito de intereses: cuando un grupo o clase en una sociedad, dice McNeil, se ve amenazado con la pérdida de privilegios o de poder, responde a la amenaza con la lucha por mantener su ventaja y posición (McNeil, 1975) y se une fuertemente alrededor de su jefe (Mulder y Stemmerding, 1963).

Naturalmente el grupo opositor hace lo mismo. Cada uno de los dos grupos en litigio son como complejíssimos campos dinámicos donde actúan, reforzándose unas a otras, todas las fuerzas psicológicas individuales que anteriormente hemos visto conformaban la agresividad; ese proceso de organización y de suma de vectores dinámicos, dirigen las tensiones de cada grupo sobre los mismos objetivos, y se polariza la acumulada agresividad sobre los grupos enemigos. El individuo que no sea muy personal,

frecuentemente delega en el grupo parte de su identidad, con lo que propende a pensar como el grupo, a amar o odiar como el grupo, a sentir como propios los insultos, calumnias y agresiones que se infieren a su grupo. Se da lo que Le Bonn llama fenómeno de **contagio** intragrupal. Más arriba, en este artículo, se analizan los fenómenos de percepción selectiva, de distorsión, de polarización, etc. El grupo social, en conflicto con otros grupos, es el mejor caldo de cultivo de esos procesos que excitan más las emociones, disminuyen el pensamiento crítico y objetivo, magnifican las polarizaciones y exageraciones; y, consiguientemente, cortan la posibilidad de un diálogo.

En efecto, las personas, los grupos, los acontecimientos, los conceptos y aun las mismas palabras tienen, para "ellos" y para "nosotros", significados diversos y a veces opuestos. Se crea, como dice Zúñiga, una incompatibilidad radical acerca de las mismas realidades sociales que se viven (Zúñiga, 1975).

En los conflictos sociales, los grupos, por una especie de autodefensa instintiva, influyen frecuentemente en los individuos agrupados para que éstos "perciban" que los pensamientos propios son más valiosos en comparación con los del otro grupo; que los propios sentimientos son más nobles; que el grupo propio, como dice Fromm, "es el defensor de la dignidad humana, la decencia la moralidad y el derecho. Al otro grupo se le atribuyen cualidades diabólicas; es traidor, despiadado, cruel, y fundamentalmente inhumano". (Fromm, 1974, pág. 209.) El mismo Fromm piensa que este fenómeno, que él llama narcisismo colectivo, "es una de las fuentes más importantes de la agresión humana" (Fromm, 1974, Pág. 209). La consecuencia de todas esas interacciones dinámicas es un peligroso y acelerado movimiento hacia una progresiva espiral del esquema frustración-agresividad-frustración-agresividad.

7. Sadismo, venganza y crueldad humana. Lo que antecede se refiere principalmente a un tipo de agresividad reactiva que los autores llaman defensiva. Pero, una vez desencadenando el proceso agresivo, mediante una paulatina desensibilización se produce la desinhibición de otros tipos de agresividad más cruel de tipo sádico: varias teorías psicológicas tratan de explicar el sadismo, o como "deseo de infligir dolor", o como una mezcla de Eros y de Zá-natos, de sexualidad y de instinto de muerte (Freud), o como la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo. . . , como una experiencia de omnipotencia; es decir, el acto sádico conlleva la sensación de dominar y de minimizar, a nivel de cosa, a aquel ser humano objeto de la agresión.

Algunos autores piensan que la crueldad propia del sadismo, se deriva personal y grupalmente del narcisismo, de una incapacidad básica de amar a los otros ("La necrofilia se incrementa en la medida en que se trunque la biofilia", Fromm, 1976, pág. 362).

¿POR QUE TANTA VIOLENCIA?

No pocos casos de crueldad se explican algo superficialmente por una actitud acomodaticia, sumisa y obediente de individuos conformistas, a los que dan las órdenes de violencia (Milgram, 1964). Este es uno de los tantos mecanismos de defensa para descargar la culpabilidad: se desplaza la responsabilidad al que manda o al grupo.

Quizás una explicación, aunque parcial, de ciertas conductas de apariencia sádica, sea la **pasión de la venganza**; ésta es una reacción de intensidad mucho mayor que la mera agresividad defensiva; no es reacción defensiva ante un peligro futuro, sino reacción a algo pasado y desagradable que se considera injusto para uno. Se habla de "sed de venganza" como para denotar su profundidad biológica; lleva una connotación de crueldad; entre individuos es una respuesta de una persona contra otra persona que hizo o está haciendo un daño a la primera; lo mismo se aplica a los grupos.

Es una pasión fuerte, que participa del sadismo, por lo menos en lo que tiene de asumir el papel del Dios justiciero, sobreponiéndose a los normales sistemas legales. No es necesario concluir de esto que la razón última de la venganza sea la propia divinización; la mayor parte de las veces parece ser un tomarse la justicia por su mano en situaciones sociales de anomia en que los derechos son conculcados y el sistema jurídico es lento, arbitrario, parcial, es decir injusto.

Aquí también el individuo es inducido a la venganza cruel si la ofensa o daño fue infligida al grupo o personas del grupo de pertenencia; la sed de venganza se puede satisfacer vicariamente en alguien que se parezca a quien causó el daño o pertenezca al grupo considerado culpable. Así se repite, en un salto atávico, la "venganza de la sangre" del tiempo de la tribu; esa venganza consistía en el deber religioso de matar a un miembro de la tribu contraria, cuando uno de la propia fue asesinado. Para no repetir todo lo expresado sobre la violencia entre grupos, baste decir aquí que la pasión de la venganza se **contagia**, se cuece y se acrecienta por **resonancia**, hasta llegar a proporciones gigantescas en los grupos sociales que entran por el camino de la violencia de la sangre. Cuando suena el grito "la sangre de nuestros mártires será vengada" es que se ha entrado por un proceso en cadena, por una espiral casi incontenible de violencia que ni la represión más sofisticada de unos, ni los golpes más audaces de otros podrán apagar y enfriar; aunque superficialmente desaparece el fuego, allí queda el rescoldo esperando la oportunidad de un nuevo incendio.

8. **¿Soluciones para mitigar la violencia?** Supone cierta audacia tratar un tema tan complicado como éste en un breve artículo. Pero más audaz sería el pretender discutir en unas pocas páginas, las soluciones que nos liberen de esta lacra social. Quedarían ellas, peligrosamente reducidas a un catálogo



frío de recetas nominalistas carentes de profundidad y de realismo; tales soluciones corresponderían a la negación o eliminación de las causas que, a lo largo de este trabajo, se insinúan como determinantes de la violencia en El Salvador: Habría que recomendar, por ejemplo, una política de mayor integración familiar, aplicación más justa de un más preciso sistema legal, la evitación de la ilegal represión, mejores modelos de convivencia, reforzamiento de conductas de cooperación, y "extinción" psicológica de conductas violentas, cambio radical en el uso de los Medios de Comunicación, más respeto de los derechos de libertad (de todas las libertades legítimas), mayor valoración del ser humano y de su dignidad, una educación en la verdad, cambios sociales profundos para que todas las familias salvadoreñas satisfagan dignamente sus necesidades primarias, etc., etc. A cualquier lector que haya leído con reflexión el artículo, se le ocurrirán éstos y otros obvios remedios; el precisarlos más y el operativizarlos, es una tarea que trasciende las posibilidades de este ensayo. Queden como punto final de este trabajo, y como punto inspirador de arranque de la misión de construir la paz en nuestro país, dos sabias frases de dos grandes pensadores:

"He comprobado, que la vida perdura en el seno de la destrucción y que debe, por tanto existir una ley superior a la destrucción. Una sociedad está bien organizada sólo si se rige por esta **ley del amor**, y ella es la que hace que la vida merezca ser vivida". (Ghandi.)

"Si la voluntad de guerrear obedece al instinto destructor, el plan más lógico es poner en acción a Eros (el Amor) contra ella. Todo cuanto favorezca la formación de vínculos emocionales entre los hombres debe operar contra la guerra". (Freud.)

BIBLIOGRAFIA

- Arroyo J. La neurosis de posesión, denuncia de una sociedad inhumana, *Sal Terrae*, Santander: 1978, 66.
- Bandura, A. y Rives Iñesta, E. *Modificación de Conducta. Análisis de la Agresión y de la Delincuencia*, México: Ed. Trillas, 1977.
- Bandura, A. y Walters, R.H. *Social Learning and Personality Development*, New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.
- Bandura, A. *Social Learning Theory*, Englewood Cliffs, N.Y. Prentice-Hall, 1977.
- Berkowitz, L. *Agresión: a Social Psychological Analysis*, New York: McGraw-Hill, 1962.
- Brock, T.C. Buss, A.H. Dissonance, Agresión, and Evaluation of Pain, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1962, 65.
- Buss, A.H. *La Psicología de la agresión*, Trat. cast. Buenos Aires: Ed. Troquel, 1969.
- Cámara, Helder, *Espiral de Violencia*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1974.
- Cohen, A.R. Social Norms, Arbitrariness of Frustration, and Status of the Agent of Frustration in The Frustration-Agresion Hypothesis, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1964, 55
- Dahrendorf, R. *Las Clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Trad. Cast., Madrid: Edic. Rialp. 1970.
- Davies, J.C. *Toward a Theory of Revolution*, *American Sociological Review*, 1962.
- Denker, R. *Elucidaciones sobre la Agresión*, Trad. Cast., Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 1973.
- Dirección General de Estadística y Censos. *Anuario Estadístico*, Vol. II. San Salvador, 1976.
- Dollard, J., Doob, L.W., Miller, N.E., Mowrer O.H., Sears, R.R. *Frustration and Agresión*, Yale: University Press, 1939.
- Durkheim, E. *Le Suicide*, Paris: P. U. F., 1960.
- Edwards, A.L. Political Frames of Reference as a Factor Influencing Recognition, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1941, 36.
- Festinger, L. *A Theory of Cognitive Dissonance*, New York: Harper and Row, Publishers, 1957.
- Foerster, H. Von. *Molecular Mechanisms in Memory and Learning*, New York: Plenum, 1970.
- Frenkel-Brunswik, E. Intolerance of Ambiguity as an Emotional and Perceptual Personality Variable, *Journal of Personality*, 1949, 18.
- Fromm, E. *Anatomía de la destructividad humana*. Trad. Cast., México: Siglo XXI, 1975.
- Gardner, R. y Heider, K.G. *Gardens of War*, New York: Random House 1968.
- Harth Deneke, A. et alii *La vivienda popular urbana en El Salvador*. (4 vol.) San Salvador: Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, 1976.
- Hoffman, M.L. Power Assertion by the Parent and its Impact on the Child, *Child Development*, 1960, 31.
- Lorenz, K. *Sobre la Agresión el pretendido mal*. Trad. Cast. México: Ed. Siglo Veintiuno, 1972.
- Martín Baró, I. *Psicodiagnóstico de América Latina*, San Salvador: Departamento de Psicología, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1972.
- Martín Baró, I. El valor psicológico de la represión política mediante la violencia, en I. Martín Baró, (Comp. e Introd.) *Problemas de Psicología Social en América Latina*, San Salvador: UCA Edit., 1976.
- Masserman, J.H. *Behaviour and Neurosis*, Chicago: University of Chicago Press, 1943.
- Masserman, J.H., y Siever, P.W. Dominance, Neurosis and Agresión, *Psychosomatic Medicine*, 1944, 6.
- McCord, W., McCord, J., y Zola I.K. *Origins of Crime: A new evaluation of the Cambridge - Somerville Yout Study*, New York: Columbia University Press, 1959.
- McNeil, E.B. *La Naturaleza del conflicto humano*, Trad. Cast., México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- McPhail, C. Civil Disorder Participation: A Critical Examination of Recent Research. *American Sociological Review*, 1971, 36.
- Milgram, S. Behavioral Study of Obedience, *Journal of Abnormal and Social, Psychology*, 1964, 69.
- Monakov, C. Von. *Gehirn und Gewissen*, Zurich: Morgarten, 1950.
- Mulder, M., y Stermerding, A. Threat, Attraction to Group, and Need for Strong Leadership, *Human Relations*, 1963, 16.
- Ribes Iñesta, E. Algunas consideraciones sociales sobre la Agresión; en Bandura A., *Modificación de Conducta*, México: Ed. Trillas, 1977.
- Short, J.F. Jr. (dir) *Gang Delinquency and Delinquent Subcultures*, New York: Harper, and Row, 1968.
- Shultz-Henck, H. *La Persona inhibida*. Trad. Cast., Madrid: Razón y Fe, 1971.
- Skinner, B.P. *Contingencies of Reinforcement*, N.Y.: Appleton - Century, 1969.
- Sorokim, P.A. *Sociedad, Cultura y Personalidad*, Trad. Cast. Madrid: Aguilar, 1966.
- Stagner, R., y Osgood, Ch. E. Impact of war on a Nationalistic Frame of Reference, *Journal of Social Psychology*, 1946, 24.
- Timbergen, N. On war and Peace in animals and Man. en Thomas McGill, *Readings in Animal Behavior*, N.Y.: Holt, Rinehart and Winston, 1973.
- Ulrich, R. Entendiendo la Agresión; en Bandura A. y Rives Iñesta E., *Modificación de Conducta*, México, Ed. Trillas, 1977.
- Walters, R.H. Implicaciones de los estudios de Laboratorio sobre agresión para el control y regulación de la violencia, Trad. Cast., *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1966, 364, 71.
- White, R.K. Mirror Images in the East-West Conflict, *American Psychological Association Convention*, 1931.
- Zuñiga, R.B. La Sociedad en experimentación y la reforma radical. El papel del científico social en la experiencia de la Unidad Popular de Chile, *American Psychologist*, 1975, 30.